Domingo de Pascua de la Resurrección del Señor C/2007

Hoy celebramos el mayor acontecimiento de nuestra salvación y el banquete de fundación de nuestra fe, es decir, la resurrección de Jesús. Los polemistas pueden seguir haciendo preguntas sobre la resurrección de Jesús, y los productores de películas levantan la polémica sobre su tumba o sus restos mortales, pero nada puede destruir la verdad, cuando encontramos que esto descrito en lecturas de hoy, que Jesucristo está vivo, que Dios lo levantó de entre los muertos.

Si Jesús no hubiera resucitado, nunca habría habido Fé en Él, y el cristianismo nunca habría existido. Si Jesús no hubiera resucitado, la gente habría hablado quizás de Él como cuando se habla de algunas figuras históricas de la historia de la humanidad, como Julio César o el Faraón, o Chaka Zulú, pero esto nunca hubiera tenido el impacto que se tiene hoy, en millones y millones de Cristianos en todo el mundo.

Es porque Jesucristo está vivo que estamos juntos aquí en Su nombre para alabar a Dios y agradecerle por el regalo de vida que él nos ha dado en la Resucitación de su Hijo, haciéndolo nuestro Señor y nuestro Salvador. San Pedro lo dijo claramente en los Hechos de los Apóstoles: Éste hombre que los Judíos colgaron en un árbol, Dios lo levantó en el tercer día y le concedió el ser visible. Los apóstoles son los testigos de lo que le pasó. Ellos estaban con él antes y después de su resurrección; ellos comieron y bebieron con él, habían oído su enseñanza y habían visto sus milagros. Ellos lo vieron muerto, pero ellos lo vieron también andando. Es aquel testimonio que ellos nos han transmitido de modo que nosotros, también, podamos creer y llegar a la vida eterna.

El Evangelio describe lo que resultó aquel “primer día de la semana” y, cuando todo parecía terminar en el fracaso, Dios intervino y levantó a su sirviente fiel de entre los muertos. María Magdalena, Pedro y el discípulo amado, que fueron a la tumba temprano por la mañana, no podían creer lo que vieron: sorprendidos, vieron al Señor levantado. La piedra estaba movida de la tumba; las ropas de entierro en tiradas en el suelo y la tumba vacía. Mientras María Magdalena pensaba, “Ellos han tomado al Señor de la tumba”, y Pedro no sabía que hacer, Juan, que vio también, silenciosamente empezó a creer.

¿Pero qué es lo vio Juan? Solamente una tumba vacía marcada con las ropas de entierro. De hecho, en el Domingo de Resurrección, no hay nada para ver; hay sólo una cosa de hacer, es creer que ninguna tumba tiene el poder de prevenir la vida de Dios para saltar y alcanzarnos. Durante la mañana de Pascua sólo la Fé puede hacernos entender que no hay ningún hueco infranqueable entre Dios y muerte, que Cristo resucitado nos conduce de la muerte a la vida, haciéndonos nuevas criaturas que complacen a su Padre.

Es sólo en la Fé que podemos dar testimonio de la resurrección de Cristo. La Fé no es un conocimiento intelectual sobre Jesús, o una aceptación moral de la doctrina de la Iglesia, si no un compromiso personal de hacer Jesús el Señor de nuestra vida y vivir de sus palabras. Por eso la resurrección de Cristo nos desafía para creer en él sin verlo. Cuando San Pedro dice: “lo aman, aunque usted no lo hayan visto, y creen en Él, aunque no lo vean ahora. Entonces alégrense con una alegría grande y gloriosa que las palabras no pueden expresar, porque reciben la salvación, que es el objetivo de tener Fé en ël” (Pedro I, 1, 8-9).

¿Cuál es el verdadero significado de la Resurrección? La Resurrección significa la restauración de una persona a la vida corporal después de la muerte. Esto no es la misma cosa que la inmortalidad del alma, ya que esto implica a la persona entera, el cuerpo y el alma, en una restauración a la vida. Tampoco es el mismo que la resucitación, ya que la persona resucitada morirá finalmente otra vez y no volverá a la vida. Tal entendimiento da significado a la Pascua como la celebración de vida en toda su plenitud.

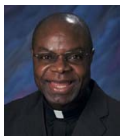
Desde éste punto de vista, la resurrección de Cristo significa que la tumba ya no es un lugar donde la muerte se encierra detrás de una piedra hecha rodar. La piedra de la muerte ha sido quitada para siempre de la tumba. Cristo Resucitado ha destruido para siempre el reino de muerte. Él ha promovido la vida y ha bendecido a todos aquellos que creen en Él en la vida eterna y celebran con Él en su reino.

Para nosotros como seres humanos, la resurrección de Cristo significa que nuestra propia muerte física no es un obstáculo a la prosperidad de la vida de Dios en nosotros. Como Cristo, cuando morimos Dios nos da la vida de nuevo, ya que creemos y somos bautizados en él. Cristo él mismo nos hace participar en su propia resurrección. Su resurrección es nuestra resurrección. Es las noticias buenas de la Pascua, saber que aunque suframos, no importa que tan mal la pasemos, o las tragedias que afrontamos – hasta la propia muerte – seremos levantados también. En otras palabras, siempre habrá para nosotros luz al final de túnel.

Ésta no es una expresión de un optimismo ciego, pero de la fuerza de Fé en Jesús. Por supuesto, sabemos por la experiencia humana que la luz es a menudo difícil de ver, sobre todo cuando estamos abrumados con problemas y depresión. Cuando parece no haber ningún final a nuestras luchas, cuando cada camino que tomamos viene a un callejón sin salida, cuando el sufrimiento sigue y no disminuye, nuestra inclinación no es creer en la luz, pero maldecir la oscuridad. Pero es exactamente en ese momento, con las promesas de la Pascua, en la noche más oscura de nuestra situación, que nuestra resurrección esta más cerca que nunca. Esto puede necesitar mucho valor, pero la Pascua nos empuja a levantar nuestros ojos hacia la esperanza y esperar con confianza nuestro rescate. Pase lo que pase, Dios nos levantará. Ésta es la gloria del cristianismo: la promesa absoluta de liberación.

De éste modo, entendemos que hay una razón para cada problema que afrontamos, y una lección importante que tenemos que aprender en cada sufrimiento que soportamos. Si Dios cierra una puerta, él abre una ventana. Nunca hay un Viernes Santo sin su Pascua. La Pascua afirma que nunca seremos abandonados, que nunca hay desesperanza. Por lo tanto, nuestra fuerza, en medio de nuestras aflicciones, no es un rígido estoicismo, o la cólera contra la vida, o preguntarse siempre ¿por qué yo?”, o el abandonarse al destino; sino la paciente creencia con confianza de Pascua, que todo estará bien. Hay una luz al final de túnel. ¡Feliz Pascua a todos!

Hechos 10, 34a. 37-43; Colosianos 3, 1-4; Juan 20, 1-9



Fecha de Sermón: Abril 8, 2007
© 2007 – Padre Felicien Ilunga Mbala
Contacto: www.mbala.org
Nombre de Archivo: 20070408homilia.pdf